

REF.  
900  
On58h  
V.7

STC-29-58-78

D20  
H5  
V.7

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



2598

# EL RENACIMIENTO

Y LOS ESTUDIOS DE HUMANIDADES EN ITALIA Y ALEMANIA

POR L. GEIGER

doctor y catedrático de la universidad de Berlín

## LIBRO PRIMERO

ITALIA

### CAPITULO PRIMERO

#### INTRODUCCION

El tránsito de la Edad media á la moderna se realiza de un modo tan paulatino é imperceptible que no puede fijarse exactamente este período de la historia ni menos señalarse un suceso determinado como punto divisorio entre las dos edades. Quédense en buena hora aquellos que no pueden deshacerse de la antigua terminología escolar, en la creencia de que la Edad antigua concluyó con la destruccion del imperio de Occidente y que la Edad moderna empezó con la publicacion de las tesis de Lutero en 31 de octubre de 1517; pero los que deseen formar un criterio del espíritu histórico comprenderán sin dificultad que una época que abarca mas de mil años, no puede ofrecer un carácter uniforme, antes por el contrario ha de estar dividida en períodos de carácter diferente y de tendencias enteramente opuestas. Las mas importantes de estas tendencias son aquellas que se proponian despojarse del espíritu y de las ideas de la Edad media, y ponerse, en cambio, en contacto con las manifestaciones intelectuales y artísticas de la antigüedad, no para adoptarlas servilmente sino para crear, á su vez, como conviene á un espíritu independiente y original, tendencias que llegaron á desarrollarse con mas vigor en Italia y Alemania desde el siglo XIII hasta el XVI, y constituyen un período agitado que no puede buenamente incluirse en la Edad media, aunque esté en contacto con ella, ni puede tampoco ser considerado como parte integrante de la Edad moderna, con la cual se relaciona por su espíritu. Por esta razon se mira y estudia este período intermedio como una época distinta y de carácter propio, y como tal se le han dado los nombres de época del Renacimiento, esto es, del nuevo nacimiento de la antigüedad en el arte, la ciencia y la vida, y de época de las Humanidades, ó sea de la educacion, del desarrollo completo de la capacidad y aptitudes exteriores é interiores del hombre.

Estos dos nombres de Renacimiento y Humanidades explican ya en gran parte la tendencia y el carácter de este período. El primero indica que se trata de un período de la historia de la civilizacion y de la política en que se atiende, no ya exclusivamente á las revoluciones, cambios de territorios, partidos y formas de gobierno, bien que todas estas

cosas no falten en él, sino principalmente á las modificaciones de las teorías y de los conceptos que la humanidad se formó del Estado y de sus facultades. El segundo nombre indica que se trata del carácter de la educacion, de la instruccion que nos legó la antigüedad, si no directamente hostiles á la Iglesia, á lo menos independientes de ella.

Contra la tendencia al colectivismo que es el rasgo fundamental de la vida de la Edad media, se levanta en el período del Renacimiento la tendencia individualista. En el período anterior, los pueblos del Occidente, á pesar de las contiendas particulares y del empeño que pusieron los señores territoriales en conservar su independencia, se sentian impulsados á grandes acciones en comun, como las cruzadas, y á unir todas sus fuerzas para reconquistar los lugares santos en Oriente; mientras en el período que nos proponemos tratar aquí, se nota el inevitable cansancio que produjeron estas expediciones, emprendidas con gran entusiasmo ideal pero conducidas con flojedad tan grande que en 1291 perdieron los cristianos á San Juan de Acre, último punto que les habia quedado de sus conquistas en Siria. Al propio tiempo vuelven á aislarse las naciones, hasta entonces pasajeramente unidas, y se manifiesta la conviccion de la necesidad y justicia de esta separacion, juntamente con el impulso de demostrarla por medio de empresas guerreras particulares y encaminadas á elevarse cada potencia sobre las demás y á adquirir, con mayor poderío, la fama correspondiente.

Hasta entonces el imperio alemán habia sido la personificación del poder material colectivo de la Europa entera, porque á despecho de todas las ambiciones particulares de los príncipes y señores alemanes y no alemanes, habia reunido en un solo haz multitud de señoríos y principados grandes y pequeños, resultando el imperio superior á todos y cada uno. Este poder central de toda la Edad media, al entrar la Europa en la nueva era del Renacimiento, tuvo su representante en el emperador Federico II, que reinó desde 1215 hasta 1250, reinado que señala su mayor auge, al mismo tiempo que el principio de su decadencia. Federico II, dueño del mundo, y á la vez soberano de un Estado particular, la Sicilia, al cual dió una constitucion orgánica y las leyes especiales complementarias, abre con esto la serie de los soberanos de la nueva era, que si bien no pensaron jamás en favorecer la voluntad de sus pueblos ni menos en constituciones políticas ni pactos en que el pueblo tuviese voz

quiera, no dejaron de conocer que sus intereses iban enlazados con los del país de que se consideraban dueños; que convenía fortalecer la idea del Estado propio contra la idea de nacionalidad común y de poder universal, con el fin de aumentar así su propia importancia y poderío y el del imperio.

Del mismo modo que el Imperio representaba el poder material de la Edad media, el Pontificado concentraba en sí el poder espiritual y eclesiástico. Muchos esfuerzos habían hecho los emperadores para reducir este último á límites más estrechos desde el momento en que comprendieron que no había pacto posible entre las pretensiones ambiciosas de la corona imperial y las del papado, y que uno de los dos adversarios había de someter al otro. Esfuerzos análogos se fueron repitiendo en los períodos que siguieron á la Edad media verdadera, y especialmente en el del Renacimiento, pero no constituyen su esencia, pues esta consistió en las luchas religiosas de los creyentes, que animados por su fe viva ó iluminados por el Dios que veían con su espíritu, se opusieron á los mandamientos rígidos y petrificados de la Iglesia dominante y prefirieron la ruina y la muerte á la renuncia de su convicción religiosa, como hicieron los *valdenses*, los *albigenses*, los *husitas*, Wiclyf y sus discípulos, y aun aquellas personas anticristianas que prefirieron el gentilismo al cris-



Moneda de oro de Federico II

tianismo, y las que querían sustituir las religiones todas a la filosofía. No sucumbió el Pontificado ante estos y otros ataques dirigidos contra él con gran energía y simultaneidad por diferentes lados, en aquel período de transformación, pero el papa Bonifacio VIII, que gobernó la Iglesia desde el año 1294 hasta 1303, y que había pretendido en la bula *Unam sanctam* erigir en ley fundamental la inviolabilidad de la autoridad pontificia; que en la contienda con Alberto I de Alemania se quiso erigir en árbitro de toda diferencia, tanto religiosa y espiritual como política y material, se vió vencido y murió con el remordimiento de haber perjudicado la importancia universal del Pontificado, por haberlo sacado de su terreno natural.

La vida intelectual y las ciencias, finalmente, tenían entonces una fuente y un terreno central, á saber: la Iglesia. Ella era la que determinaba el espíritu, la materia, la forma, el derrotero y el carácter de la literatura, y el idioma de la Iglesia, el latín, había pasado á ser también el idioma científico, con gran ventaja suya, porque desde entonces fué estudiado y cultivado con gran solicitud y amor, imitándose los modelos clásicos hasta en sus menores detalles. Así, tanto por el fondo como por la forma, el latín del Renacimiento no se pareció ya al bajo latín corrompido de la Edad media; y mientras se acrisolaba el idioma, se libraba la ciencia de la tutela de la teología, que paulatinamente fué suplantada por las ciencias profanas.

La guerra de competencia entre la poesía y las ciencias de la antigüedad, por una parte, y por otra la teología; los esfuerzos que se hicieron para que esta y aquellas gozaran de derechos iguales, constituyen otro rasgo característico de la lucha que se declaró entre la Edad media, que desaparecía, y la del Renacimiento, que iba ganando terreno, con éxito tan creciente que los mismos teólogos, enemigos de la

poesía que eran, se esforzaron por ser poetas, por hablar y escribir con elegancia, y se fueron apropiando por este camino, insensiblemente, muchas cosas de los autores profanos que antes habían condenado ó cuando menos mirado con indiferencia. Este espíritu nuevo fué buscando, apenas se hubo manifestado, una forma propia; y siendo popular é individual, enemigo de la aglomeración de pueblos distintos bajo un solo soberano y un régimen común, temporal ó eclesiástico y religioso, tampoco quiso someterse á un idioma universal impuesto, que por no ser el propio, dificultaba ó impedía el natural y libre desarrollo de la forma individual propia. Esta nueva tendencia se manifestó con empuje irresistible en Italia, cuna del Renacimiento, donde el idioma nacional, no en ensayos tímidos, como en alguno que otro país en la Edad media, ni á modo de tentativa particular de una clase de la nación, como en Alemania en los castillos de los señores feudales, sino como propiedad de todos, fué elevado de repente á idioma literario y popular, revestido de todas sus galas y lozanía juvenil.

Dante, Petrarca y Boccaccio señalan con sus obras, á la vez, el principio y el grado máximo de esplendor de la literatura del Renacimiento en Italia, y ellos son también los que crearon y entregaron acabado, pulido y perfecto á sus conciudadanos su admirable idioma, juntamente con sus obras maestras más maravillosas. Por eso estos tres genios poderosos, sin saberlo ellos mismos ni sus contemporáneos, muchos de los cuales hasta los criticaron y vituperaron, fueron los apóstoles y columnas de la nueva era.

El historiador de un movimiento tan nuevo, tan irresistible é individualista, cuando las nacionalidades apenas empezaban á desbastarse, se ve obligado á tratar con preferencia, cuando no exclusivamente, de los personajes que representan el nuevo espíritu de su época, y á indicar de paso las tendencias generales y particulares que se manifestaron durante el período que se propone describir. No es, pues, capricho del autor sino una necesidad absoluta impuesta por el carácter mismo de la materia, el comenzar la historia de la literatura del Renacimiento por la de los genios que la personifican y le señalaron su derrotero.

Principiaremos, pues, con Dante, Petrarca y Boccaccio.

## CAPITULO II

### DANTE

Dante, como uno de los creadores de la literatura del Renacimiento, tuvo dos precursores: Albertino Mussato y Brunetto Latino.

Mussato nació en el año 1261 y murió en 1330. Fué hombre político, diplomático, historiador y poeta. Como político y diplomático prestó grandes servicios á su ciudad natal, Padua, y al emperador de Alemania, Enrique VII, y agradecidos tanto aquella como este, le colmaron de honores, lo cual, sin embargo, no impidió que Padua le condenara en 1318 al ostracismo. De todos los honores de que fué objeto, ninguno le halagó y satisfizo tanto como su título oficial de historiador y poeta de la ciudad de Padua, y el homenaje que le presentaban cada año en procesion solemne sus conciudadanos y el personal de la universidad, como tributo debido y bien merecido. Sobre esto se expresa en sus escritos en estos términos: «Se corona á los poetas de laurel porque como este conserva siempre su verdor, y su follaje nunca se marchita, significa gloria impercedera.»

Estos homenajes son una prueba, aunque indirecta, de que las obras de Mussato, no obstante estar escritas en latín, eran comprendidas no solamente por la gente docta, sino también por una gran parte del pueblo; y de esto tenemos

otra prueba directa en la solicitud que los notarios de Padua presentaron al poeta laureado, de que pusiera en verso su obra histórica escrita en prosa, «para hacerla más popular,» á cuya petición accedió el autor, según se dice, con estas palabras: «Quiero ser ignorante con los ignorantes;» en las cuales se pinta todo el orgullo y toda la conciencia de su mérito de hombre docto.

Tres son las obras históricas que tenemos de Mussato y todas tratan detalladamente la historia de su tiempo, comprendida entre los años 1310 y 1329, hablando con preferencia de los sucesos relativos á la Italia, y en especial de los que interesaron á su ciudad natal, á Enrique VII de Alemania y al duque Luís de Baviera. La circunstancia de limitarse Mussato á un período contemporáneo, le distingue de los historiadores anteriores de la Edad media, que escribían solo historia universal y empezaban por la creación del mundo, mientras nuestro poeta laureado empieza la suya con el nacimiento de Enrique, y se limita á la narración de los sucesos que ha visto, ó por lo menos, de su tiempo, y en muchos de los cuales fué actor. Cuando refiere cosas que no ha visto, se expresa con vacilación y en términos vagos. En todo lo que dice saber de positivo, puede creérsele. En su «Historia de Enrique VII» dice, al principio del libro octavo que prefiere ser vituperado por algunas omisiones que por invectivas; pero esto no le impidió formular los juicios y calificar las cosas y personas con los nombres que le parecieron justos, y cuando Marsilio de Carrara le increpó por haberle calificado de traidor y le pidió satisfacción del ultraje, le contestó Mussato que él no era juez sino testigo y que dejaba á la posteridad el cuidado de formar juicio y distribuir las alabanzas y condenas que le pareciesen. Esto contestó al interesado, pero el hecho es que en los pasajes en que habla de este personaje pasa los límites de lo permitido al historiador independiente, porque desahoga en invectivas el mal humor que le dominaba desde la muerte de Enrique VII, á quien él, lo mismo que Dante y todo el partido gibelino, consideraban como el Mesías que restablecería el antiguo y sagrado imperio occidental de Carlo-magno, uniendo por lo pronto bajo un solo cetro, la Italia y la Alemania. Mussato miraba como una preocupación ridícula de su tiempo y de sus compatriotas la vetusta distinción entre güelfos y gibelinos.

Mussato se nos presenta como poeta en sus elegías, églogas y cartas poéticas, y sobre todo, en sus dos tragedias, «Aquiles» y «Ezzelino.» La primera, que tiene por motivo la muerte de Aquiles por París, no tiene importancia y aun suponen muchos que no es de la pluma de Mussato; pero en cambio la segunda ofrece un interés muy notable, porque si bien el lenguaje y la disposición siguen el estilo de los antiguos, tomó el autor el motivo de la historia contemporánea, la del sanguinario Ezzelino el Romano (1). Un mensajero refiere los sucesos. En las diferentes escenas es siempre limitado el número de las personas, y el coro que se presenta al fin de cada acto explica los sentimientos de los diferentes personajes. La única diferencia, esta es notable, consiste en que el argumento estaba tomado, como se acaba de decir, de la historia contemporánea. Ezzelino y su hermano Alberico saben por boca de su propia madre Adelaida, que son fruto del comercio que ha tenido con el diablo, y entonces hacen

(1) Jefe del partido gibelino en tiempo del emperador Federico II. Murió el 27 de setiembre de 1259, prisionero y herido, rehusando todo alimento, medicina y bendaje. Cuéntase que hizo morir más de 50,000 personas á mano del verdugo y de hambre y miseria en los calabozos. Fué sepultado fuera de tierra sagrada en Soncino. Véase *Verci, Storia degli Ezzelini*, 3 tomos. Bassano, 1779, Venecia, 1844.

(N. del T.)

voto de mostrarse dignos hijos de tal padre, al cual «solo recrean la falacia, la astucia, la destrucción, la guerra y el exterminio de la raza humana.» Ezzelino, del cual su hermano Alberico representa la asquerosa caricatura, conquista á Padua y quiere someter toda la Italia y destruir todos los lugares desde los cuales ha irradiado triunfante la religión cristiana. En vano le suplica fray Lucas que tenga piedad de sus víctimas; Ezzelino le contesta que quiere imitar á Neron, «de feliz memoria.» A esta blasfemia sigue el castigo; á la noticia de que los desterrados de Padua se han vuelto á apoderar de la ciudad, marcha Ezzelino contra ellos y cae herido mortalmente en el combate que se entabla junto al vado de Bassano, no por ser sus fuerzas inferiores á las del enemigo sino porque se acuerda en aquel sitio de una profecía de su madre, según la cual aquel vado le sería funesto. Muere el tirano impenitente, sin temer á Dios ni á los hombres, pero sí dominado del terror que le causan los presagios siniestros y el poder inexorable del Destino.

La poesía no era un mero recreo egoísta de Mussato, sino que deseaba ver generalizado su cultivo, á cuyo fin se esforzó por rechazar los ataques que los teólogos dirigían á este arte. En esta lucha entre la ciencia y la tutela eclesiástica se nos presenta Mussato como el primer adalid de la cultura independiente. Entre los contrincantes de Mussato y de los estudios de Humanidades, uno de los más antiguos fué Giovannino, que al principio fingió con ridícula altanería ignorar la existencia de la poesía y más adelante declaró que era un arte condenado por los teólogos. Contra él se esforzó Mussato en probar que la poesía era, muy al contrario, un arte divina y una parte integrante de la teología. Uno y otro tuvieron muchos sucesores, bien que los defensores de la poesía que vinieron después, lucharon en pro de su causa con más conocimiento y más elocuencia.

Brunetto, ó mejor dicho, Bruno Latini, pertenecía á una generación anterior, porque nació en 1230 y murió en 1294. Fué, como dijo de él Villani, un hombre mundano, es decir vicioso, que se distinguía además por tres rasgos, á saber: haberse propuesto desbastar á los florentinos, hablar y escribir bien y dar buenos consejos en política, y proceder con mucha discreción cuando se hallaba en el puesto apropiado á su genio; tres cualidades que bien miradas son cabalmente los rasgos más característicos del genio del Renacimiento. Por lo demás, era Brunetto Latini persona docta, sabía el latín lo bastante para poder leer con fruto los autores antiguos y traducirlos, pero á pesar de esto se sirvió en su primera obra de la lengua italiana y en la segunda de la francesa. La primera obra, y también la más pequeña de las dos, es una poesía alegórica é instructiva titulada: «El tesorito» (*Il Tesoretto*), y estaba destinada á ser una enciclopedia, solo que el autor no hizo más que principiarla, sin pasar adelante. En ella refiere que, regresando de España, contristado por la derrota de los güelfos, y atravesando una selva, encontró á la Naturaleza, que le dió minuciosas lecciones sobre asuntos físicos. Más adelante halló la Virtud con sus cuatro hijas, la Prudencia, el Valor, la Sobriedad y la Justicia, y le dió á su vez lecciones de moral. Finalmente encontró al Amor, que también quiso dar lecciones al viajero, pero este se le mostró esquivo y fué libertado de tan peligrosos lazos por Ovidio. De allí dice que se dirigió á Mompeller, donde confesó sus pecados, y fué después alcanzado en otro bosque por Tolomeo, el cual le enseñó las ciencias que todavía le faltaban; pero en este punto dejó Latini su poema, de modo que falta esta parte de la enseñanza que había de completarla de la Virtud y de la Naturaleza. Aun así, sin concluir, se reconoce en este poema el modelo de la obra de Dante, ya en la forma, ya en la particularidad de adoptar el autor un guía de la antigüe-